



DE MEMORIA

POR LUIS SÁNCHEZ LATORRE

DEJIA Rubén Darío que a su llegada a Chile, en 1886, uno de sus mayores deseos era conocer a sus famosos hombres de letras. Recién instalado en Santiago, en la redacción de «La Epoca», tuvo el gusto de recibir la visita de Carlos Tschibb Rubínex, quien, tiempo después, le presentó a José Victorino Lastarria, «el viejo maestro glorioso».

Rubínex — explicaba Darío — es el amigo de todos los amigos extranjeros que llegan a Chile. Y si éstos llegan necesitado apoyo, lo es más. Escritor él mismo, es un excelente cronopista, y hace buenos versos si le viene en ganas.

Cuando Augusto Ferrín, el amigo de Bécquer, llega a Santiago a dedicarse al comercio de libros, Rubínex fue su más «cordial aprendiz». Así el trágico Rosi, de Jorge Isaacs, de Valdivia, de Ricardo Palma, de Arcebaldo Martínez, de Hostre, de Colón, el saladoreño, y de otros tantos.

Darío conoció a Lastarria en su estudio, rodeado de libros, anciano que parecía joven, quejoso del aprecio de su patria y conmovido de la gloria de su nombre en toda América; amigo de la juventud, aficionado a hacer versos sin ser poeta, sabio, amable, esbeto llero de la arcada. ¿Qué no ha leído sus libros en América y aun en España?

Amunátegui era otro gran coltán. «Una mañana, yendo por la Alameda, sobretodo lugar de

patucos de piedra, estatuas de bronce y arboledas vastas, vi pasar a un viejo mediatibundo, que iba con capa — allá donde nacía la usa — un extremo de ella rozaba el suelo, y el hombre pensativo era salado, y salado a su vez a todo el mundo. Era don Miguel Luis Amunátegui, el amigo de Bécquer».

Según los recuerdos de Darío, en la redacción de «La Epoca» se reunían los elementos jóvenes de la prensa santiaguina. Allí hablaban de letras o artes, de un último libro, de un triunfo o de un fracaso, y ahí se conversaba en voz alta hasta muy entrada la noche, a riesgo de alterar la paciencia del director, Eduardo Mac-Churri. Allí acudía Pedro Balmaceda Toro, santiaguino que sufrió la nostalgia de París, parisismo que no conocía la gran ciudad, siempre con alguna frase chipiote, sarcástica y sofocada, neurótico que tenía cuadros médicos, celosista que embodaba revistas y cuentos de todos los flores del estilo. Alberto Blest Bascuñán, hijo del novelista y ex ministro de Chile en París, Alberto Blest Gana, comparecía también, ya tímido, a contar, entre accesos martirizadores, sus recuerdos de vida parisiense, cuando los salones de su padre eran punto de reunión de todos aquellos hombres brillantes. Bilewitz, Housay, Hohenlohe... «¡Pobre Alberto! ¡a duras penas!».

Luis Orrego Luco era el charlatán incansable, mordiente, con los labios siempre ensambriados

por una sonrisa terrible. Muchas veces quería hacer un elogio y le resultaba una sátira; buen escritor y contador, amante de la frase aritmética y enagarrado... ¡Horas inmovilizables fueron aquellas!

Puede decirse — como entabla Domingo Meli — que fue «La Epoca» el diario que llevó al ambiente la nota nueva, el sentido de una elegancia más fina, el acento de una nueva comprensión de lo divino y de lo humano. Faltó columna de «La Epoca» se insertaban casi día a día correspondencias y artículos bibliográficos acerca de las letras italianas, francesas, alemanas y napolitanas. Se mantenía el lector al corriente de cuanto ocurría en el Viejo Mundo en materias artísticas. «La Epoca» traducía, en buenas cuentas, la singularidad de una época. Había en el país un incontestable interés por la marcha de las cosas del arte y del espíritu. Muchas tertulias artísticas y académicas literarias funcionaban en los salones y en residencias particulares.

El fin de siglo, en ese medio robuscificado por la riqueza del norte — escribe Meli —, por la afluencia del dinero que venía de las salitreras, desbordaba su torrente en las costumbres asexadas y en los hábitos refinados. La elegancia sustituyó a la pobreza siempre todos los actos públicos.

Aun creo así decir — apunta Luis Orrego Luco — a las veladas inolvidables en casa de

Pedro Balmaceda, hijo del Presidente. Nos reuníamos en un salón del Palacio de La Moneda, dividido en dos por una inmensa cortina que cerraba la librería, separándola de un salomero adornado con muebles y ceniceros orientales, lámparas japonesas de bronce, bombos bordados, braceros antiguos, porcelanas de Sajonia y Sevres. Sobre la mesa había libros con autógrafos de Camblay y Camposano, dedicados a Ramón Balmaceda. Colgados de las paredes aparecían cuadros de Pedro Lira, Somerscales, Osvaldo Jara, Valenzuela Paclma, Alberto Orrego Luco, y dibujos admirables a pluma de Celso Guerrero. Por todas partes vasos con flores.

Alberto Blest se sentaba al piano para tocar trozos de Grieg, de Massenet, Chopin, Schumann; Carlos Luis Hübner acompañaba luego a Blest en charlas de mucho ingenio. Vicente Grez contaba historias humorísticas, Manuel Rodríguez Mandara disertaba sobre arte con palabras coloridas, expresando la necesidad de dar paso al pensamiento moderno. Mientras unos tocaban música de Schumann, otros recitaban versos de Verlaine, de Armando Silvestre, enteramente nuevos para Darío, el cual, echado atrás en un sillón oriental, silencioso y abstraído, contemplaba las columnas de hermosa azulejada de los pebeteros de plata en los cuales Pedro Balmaceda quemaba perfumes. En aquella sala se refinado bajo leyó Pedro sus primeros cuentos que tanto influyeron en los futuros de Darío.

El momento, 1900, 1900

409643

Tertulias de antaño (I) [artículo] Luis Sánchez Latorre

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tertulias de antaño (I) [artículo] Luis Sánchez Latorre

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile